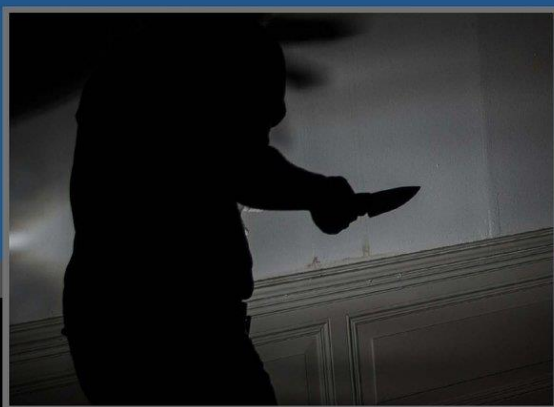


SUSURROS MORTALES

El comienzo...



PETER R.
VERGARA RAMÍREZ

© Peter R. Vergara Ramírez, 2016 Susurros Mortales El Comienzo

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual y puede ser penalizado por ley. Este escrito es propiedad intelectual y legal del autor, por lo que se requiere autorización expresa del mismo para reproducción o uso.

Para todos los que creyeron y me apoyaron en la creación de esta novela, especialmente a mi hermana Yolanda, quien me brindó todo su apoyo y dedicación en su momento de imaginarme y escribir esta novela, y quien me alentó diariamente a seguir adelante allá en New Haven Connecticut, y a Lynette, mi sostén en todo momento, mi esposa, la que, en las horas difíciles, y siempre, ha estado ahí, brindándome su amor. Gracias a ambas.

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo

1980

1999

2000

New Haven, Connecticut

Basset Street

Salón de Trofeos

Margie

Stephi

Regreso

Se acaba el plazo

Huyendo del asesino

Epílogo

Biografía del autor

Prólogo

La noche era hermosa.

La luz de la luna iluminaba completamente el bosque, otorgándole un aspecto irreal, fantasmagórico, como la vieja estampa de un cuento de terror.

Había un silencio total.

O casi.

Solamente se escuchaba el canto constante de un búho solitario, como si con él, quisiera prevenir a los pequeños habitantes del bosque del peligro inminente que se aproximaba a pasos agigantados.

Súbitamente, una frágil figura de mujer irrumpió violentamente en la quietud de la noche.

“No puedo más”, pensó angustiada.

Venía corriendo desesperadamente entre la tupida vegetación, desgarrándose violentamente la ropa que llevaba puesta, hiriendo su piel con las ramas de los árboles, que le hablan dejado el rostro y los brazos completamente ensangrentados, cada vez que se internaba a través de los arbustos, aprovechando cada atajo en el camino que podía encontrar o ver.

Pero no sabía dónde se hallaba.

No distinguía absolutamente nada.

Únicamente un pequeño rayo de luna iluminaba el sitio donde había parado de correr.

Miró en todas direcciones, buscando inútilmente algo, una luz, un sonido, que la pudiese orientar.

Estaba confundida, totalmente perdida en un mundo que no conocía, tratando de alejarse cada vez más del sanguinario ser que la acechaba, del monstruo que la quería hundir en el abismo.

Su corazón latía descontroladamente. Trataba en vano de serenarse, de ordenar sus ideas, de encontrar una salida.

Lágrimas de impotencia, de verdadero terror, bajaban a raudales por sus mejillas, y no podía controlar el temblor desenfrenado de su cuerpo, que luchaba por sobrevivir, por escapar del infierno.

Tenía que hacerlo, intentarlo al menos.

Debía, primero que nada, olvidarse del pánico que le agarrotaba los miembros. No podía permitir que él la derrotara, que la venciera al final.

Pudo escapar una vez. Lo haría de nuevo.

—¡Dios mío, ayúdame, te lo pido con las pocas fuerzas que me restan! No dejes que me atrape, una vez me salvaste; ¡hazlo de nuevo, Señor! —pidió con todo su corazón.

Su cuerpo se negó a dar un paso más. Estaba cansada de tanto huir. Tenía que descansar, aunque fuera un instante, para reponer sus energías, seguir huyendo, conservar la vida que le querían arrebatarse.

Trató de percibir algún sonido.

Nada.

Un silencio sepulcral invadía la noche.

Hasta el búho había enmudecido.

—¡Señor, permite que lo haya perdido! ¡Dame una oportunidad de poder reparar en algo el mal que un día le hice! —imploró angustiada, mirando hacia lo alto.

Pero el ser que la perseguía no pensaba en darle una segunda oportunidad.

Era el momento esperado por largos años, la hora de ajustar cuentas.

Un ligero ruido, casi imperceptible al oído humano, hizo que todo su cuerpo se envarara, preso de una gran tensión, y nuevamente, su corazón se disparó a niveles insospechados.

Poco a poco, se fue volviendo para mirar.

Para enfrentarse de una vez y por todas con el asesino que la perseguía en sueños desde niña.

Algo, o alguien, emergía de entre la maleza. Una sombra que le pareció conocida.

Lentamente, se fue acercando a ella.

La escasa luz de la luna que había alcanzaba a arrancar destellos metálicos de algo que blandía en su mano derecha.

La fría hoja de metal que destrozaría su cuerpo se preparaba para el capítulo final.

Y ella era la elegida.

Fue doblando sus rodillas. Ya no lucharía más.

Sabía que no habría clemencia para ella.

Un grito desgarrador, infrahumano, brotó de su garganta, cuando al fin pudo ver su rostro, el que recordaba de niña, el que sabía que algún día volvería a ver.

Y entonces, se hundió en el abismo insondable de la inconsciencia.

Ya no sintió nada más...

1980

Margaret era muy hermosa.

Atractiva, dinámica, estudiante sobresaliente, ese año electa presidenta de su clase. El tipo de muchacha de la que todo padre estaría orgulloso.

Su brillante pelo negro enmarcaba un rostro agraciado, donde sus expresivos ojos castaños, hablaban de la mujer preciosa que un día sería cuando creciera.

Esa noche, que no podría olvidar jamás, había salido de su hogar para estudiar con Sheila, su mejor amiga y compañera de clase, en la casa de ella, aprovechando la tranquilidad existente en esa velada, pues los padres de su amiga cumplían ese día otro aniversario de bodas, y lo iban a celebrar como siempre lo hacían todos los años: con una cena en el restaurante más selecto de la ciudad próxima y la visita acostumbrada, luego de cenar, al cine de la localidad, para disfrutar del último estreno cinematográfico.

Se encontraban las dos, completamente solas, en el cuarto familiar que los padres de Sheila habían construido en la parte posterior de la residencia.

Margaret, o Margie, como cariñosamente la llamaban, observaba a su amiga, la más sincera y buena que tenía, y se preguntaba, sonriendo, la cantidad de chicos que andarían como moscas detrás de ella, pues una rubia guapa, casi adolescente, con unos atrayentes ojos azules, dentro de un cuerpo atractivo a su corta edad, siempre despertaba los instintos animales de cualquier mozalbete en vísperas de

convertirse en hombre. La temperatura exterior estaba fría, muy fría, en esa oscura noche del mes de marzo, y ambas se habían abrigado bien, lo cual no fue impedimento para encender la calefacción del cuarto familiar, que estaba aledaño a la casa, pues lo construyeron para que resultara independiente de la misma.

—¿Todavía te molesta... tú sabes, este muchacho, el hijo del...? —preguntó Sheila a su amiga.

—No se rinde el muy cabeciduro. Ha tratado mil veces de agradarme, en cualquier forma, y le sigo repitiendo que no me interesa su amistad, y aun así insiste —respondió Margie, sumamente molesta.

—¿Por qué no se los dices a tus papás? —volvió a preguntar Sheila.

—Porque no deseo preocuparlos. Además, ya se cansará el muy estúpido de andar fastidiándome, y se fijará en otra chica que le haga caso, que le guste él —añadió Margie.

—¿Qué le guste? ¡Estás loca! Lo has visto bien, y tienes que reconocer que no es muy atractivo que digamos, con esos espejuelos de cristales gruesos como botellas, que le ocultan casi todo el rostro —aseguró Sheila, burlona.

—Además, es torpe, no sabe ni hablar cuando se encuentra frente a ti, y para colmo, cuando al fin se decide, tartamudea tanto el infeliz, que da pena —agregó.

—¿Has visto el otro día? Butch le arrojó el almuerzo que se había servido al piso de la cafetería de la escuela, y el pobrecillo fue el hazmerreír de todos, y fue tanta la

frustración y rabia que sentía, que no pudo articular una sola palabra. Se limitó a mirar a todos de esa manera tan extraña que tiene, como si estuviera vacío por dentro —dijo Margie.

—Si le hubiese llegado a decir algo a Butch, con todo y espejuelos, le hubiera partido la cara. Acuérdate de que es el capitán del equipo de fútbol, y no iba a permitir que el payaso de la escuela le respondiera —aseguró Sheila con admiración, al recordar al muchacho por el que suspiraba.

—Aparte de todo lo que hemos conversado, parece sumamente inteligente, o por lo menos eso aseguran los maestros de la escuela —Afirmó Margie.

—¡Y quién desea un muchachito inteligente, tan atractivo como el primer día de la menstruación todos los meses, cuando hay tantos chicos altos, guapos, y apetitosos, wow! —respondió Sheila, haciendo ruiditos con la boca.

—Bueno, tú dirás lo que te plazca, pero, al fin y al cabo, siento verdadera lástima por él, porque lo encuentro tan insignificante, tan poca cosa, que pienso que no llegara a ser nadie en la vida, te lo puedo asegurar —afirmó Margie, convencida.

—¿Te has fijado?

—¿En qué?

—¿En la forma en que a veces se te queda mirando? —preguntó Sheila—. Es realmente... siniestro, ¿sabes? Le da a una un poquito de temor, miedo, no sé..., como si fuera alguien distinto, raro.

—¡Verdaderamente me asusta! —reconoció Sheila temblorosa.

—¡Eres una tonta! ¡Desde que viste en el cine aquella vez «Halloween», la película que protagonizaba Jamie Lee Curtis, todavía sueñas que “Michael Myers” te persigue por toda la casa con un cuchillo gigantesco! —se burló Margie.

—¡Sigue burlándote, pero te juro que ese chico es realmente atemorizante! —respondió molesta Sheila.

—Dejemos el tema, o realmente voy a terminar creyendo que el asesino de «Halloween» va a venir por nosotras esta noche, y nos va a estrangular, descuartizar, o pasarnos un cuchillo de lado a lado —siguió burlándose Margie.

—Hablando de eso, ¿te acuerdas si cuando entraste cerré la puerta por dentro? —preguntó Sheila.

—No te preocupes, que cuando fuiste a buscar las bebidas, verifiqué todas las puertas y ventanas de tu casa, menos la del sótano, pues no encontré el interruptor de la luz, y estaban todas cerradas —afirmó Margie.

—La luz del sótano no funciona bien desde hace días, y papá no ha tenido tiempo de arreglarla —confesó Sheila.

—¡Espero que “Michael Myers” no se atreva a entrar por ahí esta noche, porque las ratas gigantes que hay abajo, se lo comerán de postre! —le contestó Margie, muerta de la risa, contagiando a su amiga.

—¡Muy graciosa, niña, muy graciosa!

Estaban tomando un sorbo de las gaseosas que Sheila había traído del refrigerador de la cocina, arrellanadas en unos mullidos y cómodos sillones del cuarto familiar.

Era una habitación regular en tamaño, con par de sillones, y un sofá extremadamente cómodo, que invitaba a dormir en él, rodeado de una biblioteca de pared a pared, un escritorio pequeño, y lo más importante: un televisor a colores de diecinueve pulgadas recién comprada.

Comunicaba a la casa por un estrecho pasillo alfombrado, repleto de retratos familiares en sus paredes.

Tenía el cuarto familiar una ventana, que daba a la parte posterior de la residencia, donde estaba localizado un garaje para dos autos, la barbacoa donde asaban hamburguesas en las calurosas noches de verano, y un cuarto para almacenar la máquina de cortar grama.

La casa habitada, más cercana a ellas, se encontraba bastante alejada, pues entre las residencias se encontraba una verja de madera, que protegía un solar vacío que había comprado un matrimonio del pueblo, que todavía no pensaban en construir, pues tenían un chalet cerca

—En verdad que hace bastante frío afuera; no sé todavía como te aventuraste a salir en una noche así. Hasta es posible, según el informe del tiempo, que caiga nieve más tarde en la noche —Informó Sheila.

—Sabes que mañana es el examen de ciencias, y tenemos que estudiar. Si no, me hubiese quedado para ver por televisión algún capítulo de la “Isla de la Fantasía” —contestó Margie.

—Qué gracioso cuando sale el enanito “Tattoo” gritando: ¡el avión, el avión, cada vez que se aproxima uno! —indicó Sheila, al recordar al personaje que encarnaba Herve Villecheize, el compañero del actor Ricardo Montalbán en la serie.

—Al menos “Tattoo” es agradable y muy simpático, todo lo contrario de nuestro querido amiguito —siguió insistiendo Sheila, para molestar a su amiga.

—Por favor, no hablemos más de eso —pidió Margie.

—Ok, pero no digas después que no te lo advertí.

—No lo haré.

—Veamos, el examen es del tema del corazón, ¿correcto? —preguntó Sheila.

—Correcto.

—Bien. Según el libro de texto, ¿qué es el corazón? —inquirió Sheila.

—Es un órgano muscular hueco, que contrayéndose y relajándose rítmicamente, asegura, a modo de bomba, el movimiento de la sangre por los vasos del aparato circulatorio, encontrándose entre ellos las arterias, capilares y venas —respondió Margie, sonriente.

—Muy bien, señorita, muy bien. Y dígame, ¿qué lo defiende?

—Eso lo sé también. Una especie de jaula torácica, que lo protege a modo de escudo.

—Pero puede sufrir heridas, ¿no es cierto?

—Sí, puede sufrir diversos traumatismos, sobre todo heridas, ya sea por armas de fuego o cortantes.

—¡Y también si Butch no me invita el fin de semana para ir al cine, se me puede partir el corazón! —dijo riendo Sheila.

—¡No seas ridícula, sabes que jamás te va a invitar! Eres demasiado lista para él, y a los chicos de hoy en día no les agrada nadie, por más linda que sea, que sepa el nombre científico de lo que ellos tienen entre las piernas.

—Y apuesto a que tú sí sabes lo que tienen, sabelotodo.

—¡Déjame primero buscar en el diccionario! —respondió Margie—. Ambas estallaron en carcajadas.

La noche era fría y oscura. Calaba hasta los huesos. Sentía congelarse cada uno de sus miembros, pero no podía dejar de admirar a Margie, observando y escuchándola a través de la ventana del cuarto familiar que daba al patio posterior de la residencia.

Se recreaba en su hermoso rostro, en el sedoso pelo negro que le caía sobre los hombros, tan blancos y tersos como la piel de su cara, adornada por los ojos más bonitos que hubiera visto en su corta vida, pero sufrida vida. Ojos castaños, hechiceros, chispeantes de vida y alegría.

“Es perfecta”, pensó.

Tendría que ser para él. Mientras viviera, no permitiría que ningún hombre la poseyera. Esas facciones tan bellas, la delicadeza de cada línea de su cuerpo, ese suave olor que se desprendía de ella al caminar, serían solo para él. Jamás consentiría que otra mirada se hundiera en esos ojos, tan profundos y cautivadores como un cuadro de Miguel Ángel.

Estaba furioso, fuera de sí. No podía ordenar sus pensamientos.

Había escuchado parte de lo que hablaron las dos perras, pues se oía bastante bien, aunque no tanto, lo que estaban conversando.

Escuchó las burlas referentes a su persona.

Se sentía humillado, en lo más profundo de su ser.

La amaba, sí, con todo su corazón, pero eso no le daba derecho a reírse de él, de hacer bromas con los sentimientos que nacían en su alma hacia ella.

Se tuvo que fijar en la que, entre todas, jamás le haría caso.

La adoraba, y él no tenía la culpa de ser quién era, ni como era. Decidió que ya tenía suficiente.

Estaba hastiado, cansado de su rechazo, de la forma despectiva en que lo miraba de arriba hacia abajo, curvando sus labios en una mueca burlona, cada vez que observaba sus humildes ropas, dándole a entender que él no era nadie, ni lo sería nunca.

“Soy mucho para ti, búscate una de tu categoría. No sueñes con estrellas inalcanzables, pues por más que extiendas tus

manos, jamás me podrás tocar, pues soy prohibida para ti”, parecían decir sus ojos cuando lo miraban.

—Te tocaré siempre que lo deseé, mi amor, cuando me apetezca, por el resto de mis días.

De pronto, algo en su interior comenzó a cambiar, algo que no podía describir.

Era como si todo de pronto tuviera un propósito, como si al fin toda su vida encontrara una razón de ser.

Sentía que todo lo bueno, lo puro de su alma, muriera en ese preciso instante, lentamente, como si años de vejaciones llegaran a su fin, dando paso en él a algo nuevo, poderoso, una sensación que no podía definir.

Como si tuviese la vida y la muerte en sus manos.

Como Dios.

Lágrimas comenzaron a bajar por su rostro. Lágrimas de rabia, de frustración, de infinito dolor, que borraron en un minuto todo lo limpio de su corazón.

Sabía, muy dentro de él, que serían las últimas que derramaría por algo o por alguien; la última vez que sería débil, que amaría a alguien.

Nadie lo había querido nunca, así que él tampoco lo haría.

La maldad se había apoderado para siempre de su alma, y en vez del amor puro y cristalino que llegó a sentir por Margie, nacía en su interior el más profundo odio que

ningún humano hubiese podido conocer. La furia terrorífica de un loco, el odio intenso de un asesino.

Un asesino al acecho de su primera presa...

1999

Cynthia Richards estacionó su Ford Explorer del 99 junto a la acera de George Street, y apagó el motor. Iba retrasada para su sesión de aeróbicos, pues eran más de las 7:00 p.m., y no le agradaba llegar tarde.

Se miró un momento en el espejo retrovisor de la guagua, y la imagen que le devolvió le agradó bastante.

Veía una joven mujer, atractiva, de 32 años, mediana estatura, 120 libras de peso, con ojos castaños, cabello negro un poco largo, peinado a la moda como solo ella sabía, vistiendo su ropa con un aire desenvuelto, pero muy femenino a la vez.

Convencional por naturaleza, Cynthia laboraba como asistente de mercadeo de una importante agencia de publicidad, y la máxima aspiración en su vida era llegar a convertirse algún día en jefa de su sección.

Proveniente de una familia de escasos recursos económicos, (su padre era taxista, y su madre cocinera en una cafetería), tuvo que esforzarse y batallar arduamente para lograr completar sus estudios.

Tomaba clases durante el día, y por las noches, tres veces por semana, trabajaba a tiempo parcial en un restaurante *McDonald's*, cerca de la Universidad de New Haven, donde estudiaba.

Luego de completar sus estudios, entró a laborar como recepcionista en Lehman Advertising, conocida agencia de

publicidad en Stamford, Connecticut, donde la gran inteligencia demostrada por ella, junto a su enorme deseo de triunfar, llamó la atención de sus jefes, que optaron por brindarle una oportunidad, esperada, por cierto, en el departamento de mercadeo, área en la que había acaparado los máximos galardones en la universidad.

No defraudó la confianza depositada en ella, y en menos de dos años fue ascendida al puesto de asistente, con grandes elogios hacia su persona, de parte de sus compañeros y supervisores en la compañía.

Ahora, a los 32 años, había logrado por fin conseguir un apartamento para ella sola, que ahora sí podía pagar, pues tuvo que compartir el anterior con dos compañeras de trabajo, para poder equilibrar la renta mensual.

Estaba ubicado en un sitio tranquilo, por Anita Street, alejado un poco del bullicio del centro de la ciudad. Lo decoró a su gusto, empapelando varias paredes con distintas tonalidades en color pastel, y estaba muy, pero que muy orgullosa de su obra.

Todo esto gracias a su labor en la agencia, que la había recompensado con un sustancial aumento de sueldo, amén de un bono de dinero por la labor y dedicación exhibida en un proyecto importante de la compañía.

Ahora, con prácticamente logradas todas las metas que se había propuesto, y una carrera en pleno ascenso, que prometía grandes expectativas, podía sentir que había triunfado completamente en la vida, algo que sus padres no pudieron lograr, por más que se esforzaron.

—¡Maldición, voy tarde para los ejercicios de aeróbicos, y aún no me he cambiado de ropa!

Iba vestida con la indumentaria que se había puesto ese día para ir a trabajar, un precioso y carísimo vestido Armani, de color azul, y unos zapatos negros de tacón alto, que la hacían lucir más estilizada de lo que era en realidad.

Una tarea de último minuto la retuvo más tiempo del necesario en la oficina, no pudiendo salir antes. Miró hacia el asiento trasero, y estiró su mano derecha para tomar el bulto deportivo que contenía el atuendo que usaba para ejercitarse, y bajó de la guagua, no sin antes asegurarse de encender la alarma.

“Voy a tener que aligerar el paso”, pensó.

Para colmo de males, tuvo que estacionar bastante alejada del gimnasio, porque estaban laborando en la construcción de un edificio de apartamentos en la calle aledaña, y los trabajadores de la obra habían abierto varios agujeros en medio de la calle, posiblemente para instalar la tubería que suministraría agua al edificio.

—Siempre que en esta ciudad hacen algo, fastidian a los demás con estas incomodidades, pero, así es el progreso que no se detiene —exclamó Cynthia, molesta.

Caminaba rápidamente, con suma elegancia, gracias en parte al arduo entrenamiento de los pasados meses, las largas horas ejercitándose en el gimnasio, y las agotadoras tandas de aeróbicos.

- ¡Uno... dos... uno... dos, estiren las rodillas...! —dijo riéndose, al recordar las rutinas.

Atraía las miradas de admiración de los hombres cuando caminaba, y también de algunas mujeres, que no podían disimular la envidia de ver un cuerpo tan proporcionado y sensual.

Parecía una tigresa a punto de atacar.

Pero en su vida personal estaba sola.

“Quisiera que ya hubiese llegado la Navidad, para invitar a papá y mamá a disfrutar esas festividades juntos, como cuando yo era pequeña y soñaba con un mundo perfecto, en el que Santa Claus bajaba por la chimenea de nuestra humilde casita en Hamden”, recordó con nostalgia, al evocar tan inolvidables momentos, lejanos en el tiempo, pero no en sus memorias.

Aún faltaban varios meses para la Navidad, así que tendría que olvidarse de eso por ahora.

“Me siento sola”.

Porque a pesar de estar satisfecha con los éxitos logrados hasta ahora, experimentaba un vacío inmenso en el corazón, pues los sacrificios en los que había incurrido casi desde niña, en aras de un bienestar económico que la hiciese sentirse segura, no le dejó el tiempo necesario para iniciar algún tipo de relación, ya fuera de amistad o amor.

“Me atrae un poco Dempster, pero nunca le he conocido novia, y, además, es un poquito extraño, como si siempre estuviera pensando en no sé qué”.

“Tengo la idea de que voy a morir de anciana en una silla de ruedas, sin más compañía que la de un perrito poodle, si sigo por este camino de desolación”, pensó con tristeza.

“Bueno, no sé por qué me apuro tanto. Total, aún soy joven y bonita, tengo unas piernas que no son palillos de dientes, y un trasero creo que bastante decente”, se animó momentáneamente.

“Tengo toda una vida por delante todavía”.

Ya estaba bastante cerca de su destino, el “Golden Gym Ladies”, cuando se percató, contrariada, que un agujero de los que habían abierto obstruía su paso, y tuvo que detenerse.

—¡Mierda, tendré que cruzar hacia la otra acera para poder pasar! —exclamó con disgusto.

Atravesó la calle, cuidándose de no tropezar con algo, y al llegar, notó que tendría que pasar obligatoriamente entre una valla de seguridad de las instaladas allí, y la entrada a un callejón oscuro.

“No hay remedio. Unos pasos extras y llegaré”, pensó.

Nunca llegaría.

Había muy pocas personas, dos o tres a lo sumo, caminando a esa hora por la calle, e iban por la acera opuesta, bastante alejadas de ella, que iba sola hacia su destino inevitable. Por eso nadie, absolutamente nadie, se percató de la sombra que repentinamente surgió de la oscuridad de la noche, desde las profundidades del callejón, ni oyó el grito ahogado que profirió Cynthia, cuando sintió

unas manos fuertes como tenazas de acero, que la agarraban por sorpresa, y sin darle tiempo a reaccionar, la metían dentro de la antesala de la muerte.

Alguien, posiblemente con mejor oído que los demás, y que iba próximo a doblar la esquina lejana de George Street, le pareció oír algo, un ruido extraño, pero no pudo precisar que era, y cuando volvió su rostro hacia atrás, extrañado, lo único que vio fue un edificio en construcción, varias vallas de seguridad, y muchos agujeros en la calle.

“Deben de ser para la tubería”, pensó el hombre.

Pero si hubiese mirado unas décimas de segundo antes, habría podido ver una figura siniestra, la encarnación del mal, negra como la noche, que tomaba violentamente a una mujer y la metía por la fuerza a un callejón.

Cynthia sabía, dentro de su corazón, que no habría otro amanecer para ella, que todos sus sueños terminaban ahí, en ese preciso instante.

Lo veía en esos ojos malignos, vagamente conocidos, que la taladraban, que llegaban hasta el fondo de su alma, como si ya se estuviera recreando en el dolor que estaba próximo a causar en ese cuerpo rebosante de vida e ilusiones.

Lo sentía ya en cada puñalada que atravesaba su piel, en cada movimiento de la afilada hoja que hurgaba dentro de sus entrañas, que rompía todas sus esperanzas.

Dolor, un indescriptible dolor hería su cuerpo, y lágrimas de impotencia, de desesperación, bajaron por su rostro, mezclándose con su sangre, mientras moría poco a poco,

mientras rajaban su cuerpo, asemejándose ella a una muñeca rota.

No podía gritar, emitir ningún sonido, porque el muy bastardo le atenazaba fuertemente la garganta, mientras la iba destrozando, robándole el asesino su vida, sus ilusiones sus sueños, todo.

El hijo de puta se reía cruelmente, mientras hundía el acero en su piel, que ya parecía una coladera de tantos agujeros que tenía.

Adentro, afuera, adentro, afuera, el desgraciado descargaba la furia diabólica que lo embargaba, en cada puñalada que le metía en el estómago, en el pecho, en todos lados, menos el corazón.

Eso él no lo tocaba... por ahora.

Lenta e inexorablemente Cynthia fue perdiendo fuerzas. Las pocas que le quedaban no bastaban ya para detener lo que estaba escrito, lo que había dictaminado desde antes su asesino.

La muerte se apoderaba de su cuerpo.

Dios se había olvidado de ella.

O por lo menos eso parecía.

Ya no vería a sus padres en Navidad. No llegaría a ser jefa de sección como anhelaba.

No tendría jamás un amor que la reconfortara en sus noches de soledad.

Ya no tendría nada, pues lo acababa de perder todo.

Finalmente, y muy despacio, fue cerrando sus ojos, llevándose grabada en sus retinas la imagen del monstruo que la acababa de matar, que la observaba burlescamente, mientras limpiaba el largo cuchillo, lleno de sangre, en su costoso vestido Armani.

¡Al fin pudo verle el rostro, pero el secreto de su identidad moriría con ella!

—¿Por qué me mataste, hijo de puta, si yo nunca te hice nada...? —pudo murmurar quedamente, fija su mirada en los helados ojos que la observaban morir.

No terminó sus palabras. Ya se había acabado su tiempo en este mundo. El asesino la contempló impasible, mientras ella exhalaba su último suspiro, en un ronco estertor de muerte.

Su mirada no reflejó compasión, ni sentimientos. Solo un profundo odio, nacido en lo más profundo de su ser.

Sus labios se plegaron en una mueca amarga.

Volvía a empezar de nuevo. Tomaba las cosas donde las dejó años atrás.

Fue inclinándose sobre el cadáver de su víctima, aún hermosa en la muerte, y procedió a realizar una pequeña operación con otro cuchillo que había sacado de sus ropas, escalofriante para cualquiera, necesaria para él, y al final de pocos minutos, se levantó, satisfecho de su obra.

“¡Qué hermosa eras; igual que ella!”, recordó con satisfacción.

“Guardaré esto en mi colección, junto a los demás, y pronto tendré el más valioso de todos, el que me hará compañía por toda la eternidad: el de “ella”, la que está en mis fantasías desde niño”.

Tras una última mirada a su alrededor, y convencido de que no había dejado testigos, se alejó, tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido, como una persona normal que hubiera sacado el perro a pasear, y una vez cumplido su propósito, regresara al hogar.

Tenía una tarea que realizar, un ajuste de cuentas que había pospuesto por años, y nada ni nadie lo iba a poder impedir.

Sabía que ella estaría al final del camino.

Era el principio, el comienzo de una era.

La época del terror, que azotaría violentamente como un ciclón, las tranquilas calles del paraíso, y que dejaría un largo camino lleno de cadáveres.

Una verdadera orgía de sangre.

El cazador buscaba a la presa que se le había escapado.

La presa presentía que la buscaban.

Y ella estaba ahí, en New Haven. La pesadilla había comenzado... nuevamente.

2000.

Reinaba una confusión total.

Detectives corrían de un lado al otro, mientras los gritos se sucedían continuamente.

Policías entraban con detenidos para llevarlos al cuarto de interrogatorios, algunos de los cuales, de las más bajas categorías sociales, proferían insultos contra quiénes los llevaban arrestados.

Hasta algunas prostitutas, entre ellas muchachas que no tendrían más de quince años y que habían caído esa madrugada en una redada de la brigada anti-vicio, se habían unido al desorden imperante, gritándoles palabras soeces e impublicables al que se atreviera a mirarlas siquiera.

Era una situación que no se podía describir en palabras.

El temible asesino había atacado de nuevo.

Las oficinas del Cuartel de Policía de New Haven estaban atestadas de personas que entraban y salían, mientras los agentes del orden contestaban los teléfonos que no habían dejado de sonar desde el asesinato de la última mujer, Denisse González, encontrada esa semana en su apartamento, completamente destrozada.

Muchos ciudadanos habían llamado preocupados, algunos de los cuales habían suministrado información en el sentido de que vieron al escurridizo criminal, pero ninguno podía recordar sus señas con exactitud.

Según los datos suministrados por esas personas, el perpetrador era alto, bajo, delgado, grueso, blanco, negro. Inclusive, una anciana de noventa años que casi no podía ver decía que le había parecido una mujer, por sus ropas negras pegadas al cuerpo.

Nadie se ponía de acuerdo.

Y la policía se encontraba cada vez más desorientada.

Ninguna pista hasta ahora conducía a ponerlos en ruta para tratar de esclarecer las salvajes carnicerías que habían ocurrido, que ya alcanzaban la escalofriante suma de ocho mujeres jóvenes de la ciudad.

Todo esto acontecía en el Cuartel General de Policía de New Haven, ciudad del estado de Connecticut, en Estados Unidos, y que siempre se había distinguido por su rico caudal de historia, cuna de la antigua y famosa Universidad de Yale, y del Museo Peabody de Historia Natural, entre otros.

El capitán Ed Powers, curtido detective a cargo de la sección de asesinatos con más de veinticinco años al servicio de la ley, era el que más vociferaba.

—¡Snyder, Martínez, a mi oficina, de inmediato! — exclamó, colérico.

Los dos antes mencionados se levantaron como resortes de sus escritorios, y entraron a la pequeña oficina del capitán.

—¡Cierren la puerta y tomen asiento! —les indicó Powers de mal humor.

Ambos tomaron asiento, y antes de hablar, Powers los observó largamente.

El teniente Lee Snyder, de treinta y siete años, soltero, seis pies de estatura, doscientas libras de peso, y que hacía recordar, por sus rasgos faciales, a los soldados de la antigua Alemania del Führer, contaba con un abultado historial de casos resueltos, y un sinfín de recomendaciones por su excelente desempeño policial.

Llevaba quince años en la policía, los últimos ocho como detective de asesinatos, y era el candidato favorito, a pesar de su corta edad, para suceder en el puesto al hombre que estaba parado frente a él, capitán Powers, cuando este se acogiera a la jubilación, que estaba a la vuelta de la esquina.

A su lado se encontraba Jason Martínez, treinta y siete de edad también, detective de la sección de asesinatos desde hacía solo tres años, el novato de la división.

Hombre cercano a los seis pies de estatura, con su rostro bronceado por el sol que lo identificaba levemente con algún antepasado caribeño, poseía un cuerpo atlético, ágil como un puma, de ciento ochenta libras de peso.

Era considerado por sus compañeros como una persona reservada, que en contadas ocasiones emitía su opinión, hasta no tener en una balanza los pros y los contras de una situación. Era analítico por naturaleza, lo que lo hacía una gran adquisición para la policía.

“Si Susan y yo hubiésemos podido tener hijos, me hubiera gustado que se parecieran, aunque fuera un poco, a estos dos”, pensó nostálgico Powers.

Viudo desde hacía cinco años, nunca pudo tener descendencia, y a veces lo lamentaba.

Casado con una mujer maravillosa por veinticinco años, Susan, esa ausencia de hijos no había sido impedimento para el amor que se profesaban el uno por el otro.

Llegaron a considerar ambos adoptar un pequeño, para criarlo y volcar en él todo su cariño y amor, pero la mortal enfermedad que había librado su esposa contra el cáncer había acabado con todos esos planes que se habían forjado.

Aun así, fueron muy felices, y ahora descargaba todas sus energías en el cumplimiento de su deber, al que estaba completamente entregado.

—¡Lee, Jason, necesitamos resultados, y pronto, pues el alcalde y la prensa, junto con el público en general, nos está devorando vivos! —demandó el capitán enérgicamente a sus dos subordinados.

—Capitán —respondió Snyder—, estamos haciendo todo a nuestro alcance para atrapar a este criminal, pero hasta ahora no tenemos ni el más pequeño indicio por dónde empezar a buscar.

—Y no tan solo eso, señor —continuó Martínez—, sino que cada día que pasa es más listo, más cauteloso. No deja la mínima pista que nos permita llegar hasta él.

—¿Han vuelto a interrogar a familiares, amistades, novios o exnovios, vecinos, cualquiera que haya estado en contacto con las víctimas, que recuerde haber visto u oído algo extraño en los días previos al crimen? —preguntó Powers.

—Nada hasta ahora, capitán —respondió Snyder—. Las víctimas no tenían enemigos, aparentemente. Eran profesionales, mujeres jóvenes, atractivas, con cierto patrón físico de parecido entre ellas. Respetadas en la comunidad, ninguna había tenido problemas con amistades o relaciones anteriores.

—Lo que significa que eran perfectos ejemplos de lo que era ser un buen ciudadano —afirmó Martínez.

—La víctima ideal del “Rompecorazones” —corrigió Powers con pesar.

—Señor, a nosotros nos molesta decir esto, pero estamos en un callejón sin salida, y desgraciadamente, no vislumbramos que pueda mejorar, a no ser que el desgraciado cometa un pequeño error, o que venga él solito a entregarse a nosotros, lo cual no es posible en estos momentos —afirmó Snyder con pesimismo.

—Lo que Lee quiere decir —continuó Martínez—, es que necesitamos ayuda con la mayor brevedad posible. Un enfoque distinto, cualquier idea que nos pueda encarrilar en la dirección correcta.

—Me place informarles, caballeros, que la ayuda viene en camino —anunció el capitán ante la sorpresa de ambos—. Hace unos minutos, antes de entrar, el Buró Federal de Investigaciones (FBI) me ha notificado, vía telefónica, que ya salieron hacía acá los dos agentes de campo más reputados del CASKU, la unidad elite para la captura de los asesinos en serie de la nación.

—¿Sabemos quiénes son? —preguntó Snyder, intrigado.

—Sí, y ustedes pronto lo sabrán, pues creo que acaban de llegar —respondió Powers.

Efectivamente, segundos antes se habían escuchado unos pequeños golpes en la puerta de la oficina, y cuando el capitán autorizó a que entraran, se encontraron frente a ellos a los dos agentes de los que había hablado un minuto atrás.

—Buenos días. ¿Capitán Powers? —preguntó uno de ellos.

—¡Buenos días! —respondió Powers enérgicamente, estrechando vigorosamente la mano que se le tendía.

—¿Son ustedes Loggins y Sutton? —preguntó.

—Ella es Loggins; yo soy Sutton. Encantados de conocerle, señor.

—Stacey Loggins, para servirle, capitán —habló por primera vez la famosa agente, brindándole su mano, que el otro estrechó.

—Estábamos esperando con ansias su llegada, pero antes, permítanme presentarles al teniente Snyder, y al detective Martínez, mis dos mejores hombres, y que trabajaran en conjunto con ustedes.

—Encantada —respondió Loggins, estrechando sus manos.

—Mucho gusto —respondieron ambos.

—Por favor, tomen asiento —pidió el capitán.

Martínez no podía dejar de observar a la agente, y no era para menos.

Mujer de hermosas facciones, de treinta y cuatro años, estatura mediana, con una complejión física fuerte, a pesar de su delgadez, parecía más una “Supermodelo” salida de la portada de una revista, que a la célebre agente federal que tantos criminales famosos había atrapado.

Vestía con extremada sencillez, vaqueros azules un poco desteñidos, y blusa blanca de manga corta, calzando unos cómodos zapatos deportivos.

Sus grandes ojos, almendrados, eran el adorno principal de un rostro agraciado, donde le caía sobre su frente una hebra de cabello oscuro, cortado un poco más allá de los hombros, y que hacían pensar al que la viera, que se encontraba frente a una mujer decidida e inteligente, con una gran capacidad investigativa, que se reflejaba en el aura de autoridad y conocimiento que se desprendía de cada poro de su persona.

A su lado, y como siempre, Mark Sutton, compañero en la solución de muchos asesinatos que habían conmovido a los Estados Unidos.

Sutton cumplía a la perfección con la imagen estereotipada que el público, en su gran mayoría, tenía de los miembros del FBI.

Alto y delgado, de cuarenta años, casado con tres hijos, era la fortaleza junto con el intelecto.

Trabajando como contador trece años atrás, sintió la necesidad imperiosa de experimentar un cambio radical en su monótona vida, y había solicitado admisión al prestigioso cuerpo investigativo, siendo aceptado.

Luego de arduos meses de entrenamiento y preparación en la academia, se había graduado entre los primeros de su clase, y gracias a la recomendación de dos profesores, entró a formar parte del CASKU (Child Abduction and Serial Killer Unit), destacándose en la investigación y posterior arresto de Sy Lassiter, el infame carnicero de Oakland, que había asesinado a catorce personas, la mayoría niñas entre las edades de seis a diez años, las cuales violaba salvajemente después de muertas, procediendo luego a cortarlas en pedazos para alimentar a Willie, su fiel perro Dóberman.

Gracias a esa labor, fue asignado a los casos más importantes, logrando importantes convicciones, y añadiendo éxito tras éxito a su carrera en el Buró.

En esta famosa unidad fue que conoció, a la que años después sería la estrella refulgente de la misma, la agente especial Stacey Loggins, recién egresada de la prestigiosa Universidad de Yale como psicóloga forense.

Ambos simpatizaron al instante, y luego de varios años, e infinidad de casos en conjunto, ya el profesor no tenía nada que enseñarle a la alumna, superándole esta en todos los aspectos.

Eran los mejores.

Tenían que atrapar al mejor.

El “Rompecorazones”.

El más brillante y sanguinario asesino en serie que les hubiese tocado enfrentar.

Pero no sería fácil.

—Queremos que sepan, primero que nada, que no estamos aquí para entorpecer la labor realizada por ustedes hasta ahora, ni para pasarles por encima. No es esa nuestra intención. Deseamos lo mismo -continuó hablando Loggins con voz suave pero enérgica-, atrapar a este bastardo antes de que reclame otra vida inocente. No ambicionamos nuestra gloria personal. Anhelamos, y debemos, trabajar juntos, en equipo, sin rencores de ninguna clase, por un bien común, repito, detener al monstruo que nos está dando tantos dolores de cabeza, y que tiene a esta ciudad sumida en el terror. Un monstruo anda suelto en las calles y nuestra obligación es pararlo definitivamente. Necesitamos establecer, en los días que se avecinan, un plan abarcador que envuelva toda la fuerza policial, tanto local como federal, así como todos los recursos que tenemos disponibles, para poner en funcionamiento las medidas que sean precisas y que nos permitan tener éxito donde otros han fracasado — finalizó diciendo Loggins.

—Sobre todo —agregó Sutton—, tener siempre presente que toda idea, por pequeña que parezca la discutamos entre todos nosotros. Si es buena, la utilizamos. Si no, buscamos otras alternativas o sugerencias. En nosotros está el poderlo hacer así.

—Lo verdaderamente importante es no dejar nada al azar, y que absolutamente todo vuelva a ser investigado, empezando en cero.

—Que todas las personas relacionadas y no relacionadas a las víctimas sean interrogadas nuevamente, aunque protesten. Quizás ahora puedan recordar algo, un pequeño detalle que no tuvo importancia en ese momento.

—Cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede ser el eslabón que nos falte para unir toda la cadena, para poder identificar al perpetrador.

—Sacaremos nuevamente del almacén todas las cajas de artículos pertenecientes a las víctimas que hemos podido reunir. Todo lo que haya en ellos. Recuerden eso.

—Procederemos sistemáticamente a revisar papeles, fotos, recibos, boletos de estacionamiento, facturas por servicios, diarios personales, lo que sea, para ver si logramos encontrar algo que se nos haya escapado. Quizás entre todas esas cosas, podamos establecer similitudes entre las víctimas.

—Tiene que haber algo que no hemos visto, que nos diga donde el asesino las vio por primera vez. Necesitamos movernos, señores, y es ahora —demandó Sutton enérgicamente, buscando el apoyo incondicional de sus nuevos compañeros.

—Por nuestra parte, así lo haremos, trabajar en equipo, sin poner impedimentos de ninguna clase —contestó Powers-. Si deseamos derrotar al enemigo, debemos hacer un frente común contra él. Se lo debemos a esta ciudad que confía en nosotros.

—¿Están ustedes de acuerdo? —preguntó a Snyder y a Martínez.

—Por supuesto que sí, señor —respondió Martínez seriamente.

—Lo atraparemos, capitán —dijo Snyder de igual forma.

—Perfecto. Entonces, manos a la obra —los animó el capitán.

—¿Dónde podemos establecer nuestra base de operaciones? —preguntó Loggins.

—Hemos habilitado el salón de conferencias para esos menesteres- respondió Powers-. Ya los archivos correspondientes al caso, así como las computadoras portátiles, escritorios y pizarras, se encuentran funcionando. Tenemos a nuestra disposición toda la fuerza policial que se requiera, junto con personal de otras agencias que están colaborando con nosotros. Este caso tiene prioridad uno, y hay que resolverlo —expresó Powers con decisión.

—Nuestras órdenes son integrar todas las secciones del FBI con ustedes Todos los datos que tengamos acumulados, los compartiremos —empezó Loggins—. Ya sus técnicos y los nuestros están alimentando la base de datos de las computadoras entre Quantico y New Haven, con todo lo último referente a esta investigación, para poder compagnar entre nosotros toda la información que resulte pertinente para este asunto que tenemos entre manos —aseguró Loggins, quien llevaba la voz cantante de los dos agentes.

—Hoy mismo llegan compañeros nuestros del Buró de la sección de Nueva York, para brindar apoyo técnico a sus hombres, capitán, y espero sinceramente que podamos laborar en armonía —declaró Sutton, confiado.

—Por favor, señores, antes de ir al centro de mando, el salón de conferencias, para empezar a trabajar, tenemos una pequeña reunión con miembros de la prensa, que desean conocer los progresos, si algunos, que ha habido en el caso. A

la misma vez, aprovecharemos para presentarles a los recién llegados, Loggins y Sutton —sugirió Powers.

Los cinco representantes de la ley recorrieron un largo pasillo, que terminaba al final en una amplia habitación, denominado temporalmente como el salón de prensa, por tener ellos ocupado con el centro de mando el cuarto de conferencias, usado para los encuentros con los periodistas.

Al entrar en la habitación, Powers les indicó dónde podían sentarse, y acto seguido, subió al podio para dirigirse a los allí presentes, que estaban molestos por la larga espera soportada.

—Damas y caballeros, buenos días —saludó cordialmente, mirando a todos.

A su lado estaba la alta oficialidad de la policía, tanto local como estatal, pendientes a las palabras que el capitán diría a continuación.

—Como ya todos sabrán, laboramos sin descanso, las veinticuatro horas del día, para tratar de resolver con la mayor brevedad posible la serie de asesinatos que han sacudido esta ciudad en los pasados meses. Estamos investigando varias pistas que han surgido últimamente, pero hasta ahora, los resultados han sido infructuosos. Nos enfrentamos a un asesino sumamente organizado, lo suficientemente inteligente para no haber cometido un solo error hasta ahora. Pero estamos confiados en que muy pronto caerá en nuestro poder, pues no existe el criminal perfecto. Todos pasan por alto algún mínimo detalle, y cuando eso suceda, será el fin de su sangrienta carrera — finalizó diciendo el capitán.

—Disculpe, capitán Powers- le interrumpió una periodista-, pero nos ha venido diciendo lo mismo los últimos meses. No vemos, ni el público ni nosotros, los miembros de la prensa, que se haya adelantado significativamente con este caso. El “Rompecorazones” sigue atacando impunemente, y ya son ocho las mujeres asesinadas. La última, Denisse González, ultimada en su apartamento cuatro noches atrás, y hoy en día, no tienen ustedes ni siquiera un potencial sospechoso. ¿O me equivoco? —preguntó mordazmente la periodista.

—No —dijo Loggins, saliendo en defensa del capitán—. No se equivoca, señorita.

—¿Y usted es? —preguntó otro periodista, esta vez Monroe, del Register.

—Agente especial Stacey Loggins, del FBI —respondió con sencillez.

—¿Por favor, podría decirnos, ahora que por fin el FBI ha decidido intervenir en la búsqueda del asesino de New Haven, si podemos esperar la captura del criminal en los próximos días? —preguntó otra vez Monroe.

—Es muy pronto para decirlo, caballero, pero desde hoy estamos trabajando juntos en esto para conseguirlo, y les puedo asegurar, dándoles mi palabra, de que lo atraparemos, cueste lo que cueste —aseguró Loggins-. La policía de esta ciudad ha hecho una magnífica labor, y lo reconocemos así, pero estamos ante un criminal escurridizo, que mata a sus víctimas arrancándoles el corazón, y lógicamente no deja testigos que lo puedan incriminar. Hasta este momento, ni una sola de las personas que nos han llamado ha resultado

ser confiable, pues hemos investigado a conciencia todos los datos que nos han suministrado.

—¿Perdone, señorita Loggins, pero no es usted la misma Loggins del FBI que atrapó hace dos años atrás a Maurice Staples, el famoso “asesino de la soga” que ahorcaba a todas sus víctimas, luego de coserlas a balazos? —preguntó Kerns, del Herald.

—La misma —contestó la agente—, y puedo asegurarle, ciertamente, que el ya convicto Staples, el asesino al cual usted hace referencia, era un aprendiz al lado de este, ya que cometió par de errores que nos condujeron hasta él, logrando arrestarlo al final.

—¿Es cierto que Staples desarrolló, digámoslo así, una especie de empatía, que podría catalogarse de íntima, con su persona? —preguntó Monroe, incisivamente.

—No sé a qué se refiere con lo de íntimo —respondió serenamente Loggins.

—Según algunos rumores de personas cercanas a la investigación, el “asesino de la soga” se enamoró de usted. A eso es a lo que me refiero.

—Bueno, si gracias a eso fue que lo capturamos, pues espero que este también caiga en mis redes —terminó Loggins, con una amplia sonrisa en su rostro.

Los allí presentes no pudieron evitar el admirar a la agente, pues aparte de las palabras con que había finalizado la conferencia de prensa, presentían, en su mayoría, que al

fin el asesino iba a dejar de ser el cazador, para convertirse en la presa. Loggins prometía ser una formidable rival.

La mejor contra el mejor. ¿Habría llegado el final del sanguinario monstruo? Quizás al final, solo uno de los dos llegaría a saber la respuesta.

“Stacey...”

El hombre estaba tranquilamente sentado en un cómodo sillón de madera, meciéndose rítmicamente, mientras observaba en su pequeño televisor las imágenes de la conferencia de prensa que se había celebrado esa mañana en el Cuartel de Policía de New Haven.

Miraba detenidamente las personas que se encontraban presentes, pero muy especialmente, a una mujer en particular.

“Muy, pero que muy hermosa, con ese pelo negro tan sedoso, y esos ojos tan expresivos, casi igual a “ella”, pensó ensoñadoramente.

“Si, es la misma”.

“Distinta forma de expresarse, pero parecidas físicamente”.

“Quisiera oír su voz susurrándome al oído, llamándome por mi nombre”.

“Reconociendo lo grande que soy”.

“Ella dice que lo soy, pero sé que es lista; quizás quiera halagarme, para ver si cometo algún pequeño error. Si, eso es lo que se propone la perra, confiarme, para conducirme a la trampa que me planea tender”.

“Pero mi ventaja es que no sabe quién soy yo, ni tampoco imagina con quién se va a enfrentar”.

“Stacey. Me gusta ese nombre. Suena como un llamado a la muerte dentro de mí”.

“Estaba aburriéndome de lo fácil que es todo esto. Esos policías de la ciudad son unos imbéciles que no ven más allá de sus narices”.

“Tengo que verla de cerca, admirar lo bella que es, oler su perfume, el aroma que se desprende de ella. Observar como mueve su cuerpo cuando cree que nadie la mira”.

“No va a imaginarse nunca lo cerca que me tiene”.

“A su lado prácticamente”.

“Veremos si es verdad que es tan buena en su trabajo. Yo no soy Staples. Ese era un imbécil que no se puede comparar conmigo, ni tampoco posee la inteligencia que yo tengo”.

“Te voy a poner a prueba, querida, y al final veremos quién va a triunfar. Por si acaso, quizás te tenga una pequeña sorpresita guardada. Algo que no te imaginas siquiera, y que demostrará si tienes las suficientes agallas para poder sobrellevar todo el dolor que voy a ocasionarte, Stacey”.

“Tu fortaleza es que luchas por el bien, que te importa la gente, las cosas nobles. Una idealista, ridícula, pero idealista al fin”.

“Mi fuerza reside en que soy brillante, cauteloso, que nunca doy un paso sin analizarlo primero a conciencia”.

“Y, sobre todo, lo más importante: que disfruto matando. Ver sus caras de miedo, de terror, cuando saben que van a morir y no pueden hacer nada por evitarlo. Sentir el placer inefable en mi sucia alma cuando atravieso sus cuerpos con mi cuchillo, cuando sus lágrimas caen sobre mi mano, cuando imaginó que es “ella” la que muere”.

“Primero que nada, tú, Stacey. Voy a ir poco a poco, jugando contigo, quebrantando tu espíritu hasta el límite, destruyendo tu vida como aquella perra lo hizo conmigo”.

“Y cuando te encuentres donde quiero, entonces, ¡Jaque Mate!”

“El juego será mío...”

New Haven, Connecticut

New Haven, ciudad costera del estado de Connecticut, contaba con una población de 125,000 habitantes aproximadamente.

Conocida como “The Elm City”, por la proliferación de estos árboles, olmos, conectaba por el sur con Nueva York, al cual se podía acceder en poco tiempo por la carretera interestatal, mejor conocida como la I-95.

Lugar rico en historia, era, menos de cuatro siglos atrás, el hogar de una pequeña tribu de nativos americanos, los Quinnipiak, que construyeron sus villas alrededor de la bahía de la ciudad.

El 24 de abril de 1638, una compañía de quinientos puritanos ingleses, liderados por el reverendo John Davenport y Theophilus Eaton, un rico comerciante londinense, hicieron su arribo a la bahía.

Los puritanos lograron establecer una buena relación con los Quinnipiak, los cuales le vendieron sus tierras a cambio de protección.

Los fundadores de New Haven no solo deseaban una utopía cristiana, sino que vieron en la espaciosa bahía, la oportunidad de establecer un imperio comercial, desde Long Island Sound hasta Delaware Bay.

En 1640 se estableció un gobierno, y lo que antes se llamaba Quinnipiak, pasó a ser conocido como New Haven.

El esquema del pueblo estaba basado en nueve cuadrados (square), y de acuerdo con las viejas costumbres inglesas, el cuadrado principal del centro se le denominó como el “Green” o plaza pública.

En 1641 había en la ciudad 800 habitantes.

En 1649, el rey Carlos I, de Inglaterra, fue acusado de traición y decapitado.

Su hijo, Carlos II, se convirtió en rey once años después, y juró vengarse de los hombres que osaron firmar la pena de muerte de su padre.

Dos de ellos, el coronel Edward Whalley, y su yerno, el también coronel William Goffe, escaparon hacia América.

En 1661 fueron escondidos por John Davenport, en una cueva de West Rock, en lo más alto de New Haven. Se unió luego a ellos John Dixwell.

Tres de las calles de esta histórica ciudad llevan sus nombres, pues son parte integral de su pasado.

En 1700, un pequeño colegio puritano, conocido como la Escuela Colegiada, o Collegiate School, fue fundado en Old Saybrock. Dieciocho años más tarde fue reubicado en New Haven, donde luego de recibir un generoso donativo de Elihu Yale, fue rebautizado con el nombre de Yale College, que llegaría a convertirse en una universidad mundialmente reconocida, y un factor económico de gran impacto en la ciudad.

Hombres ilustres como Samuel Morse, Cole Porter, Noah Webster, y muchos más, desfilaron por sus pasillos nutriéndose de las enseñanzas.

En 1784, New Haven fue incorporada como ciudad, y Roger Sherman, uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia, fue elegido su primer alcalde.

En 1839, casi cincuenta guerreros africanos de la tribu Mendi fueron capturados en África por esclavistas españoles.

Los embarcaron en la fragata española “Amistad”, y se sublevaron matando a muchos de ellos.

Luego de andar a la deriva por algún tiempo, fueron hallados por una patrulla de los Estados Unidos.

Como la ciudad poseía Corte de Distrito de los Estados Unidos, los Mendi, y su líder, Cinque, fueron encarcelados y enjuiciados en ese lugar.

Después de tres años de juicio, que recibió la atención nacional, la corte dictaminó que fueron secuestrados y convertidos en esclavos, en clara violación de las leyes españolas, decretando por tal motivo su libertad.

El regreso de los Mendi a su país (hoy en día conocido como Sierra Leona), será siempre recordado como un triunfo del movimiento antiesclavista en el norte.

Esto, junto con infinidad de sucesos, fue lo que convirtió la ciudad en parte primordial de la gran historia norteamericana.

En la actualidad, y luego de décadas en las que sufrió cambios notables en su economía, junto con un éxodo significativo de sus habitantes, la ciudad ha vuelto a reverdecer viejos laureles, construyéndose nuevas obras y revitalizando el casco urbano, haciendo que vuelva lentamente recobrar el sitio que le corresponde.

Este era el lugar escogido por el “Rompecorazones” para actuar.

Su coto de caza... para asesinar.

Stacey Loggins descendió por las escalinatas del edificio que albergaba el Cuartel de Policía de New Haven, ubicado en Union Street, y al subir a la Ford Expedition negra, que conducía en ese momento su compañero Sutton, no pudo evitar experimentar la extraña sensación de volver a sus raíces. Fue en esta ciudad donde pasó algunos de los mejores años de su vida.

Sus padres, que poseían varios negocios en la rama de bienes raíces, siempre habían anhelado que su hija mayor, Stacey, estudiara en la que ellos consideraban una de las mejores universidades, Yale. Ella los complació.

Luego de completar sus estudios en la escuela superior con notas sobresalientes, fue admitida a Yale, donde se sintió desde el primer momento como en su casa.

Rodeada de las ilustres paredes que albergaron tantos hombres célebres de la nación, no podía ignorar el sentimiento de orgullo de pertenecer también ella a ese

lugar. No lograba olvidar su gran deseo de que futuras generaciones, cuando repasaran la historia de esa famosa institución, vieran su nombre resaltado como uno de los que le dieron lustre a la universidad de Yale.

Tuvo que luchar para ocupar el sitio en que ahora se encontraba, y eso había forjado su carácter de una forma notable.

De la muchacha dulce y cariñosa que era cuando salió de ahí, a la mujer decidida y enérgica que era hoy en día, distaba un gran trecho.

Miró directamente a los ojos del mal, dentro del alma diabólica de los asesinos múltiples que había capturado, y supo captar la antesala del infierno que anidaba en sus interiores.

Se enfrentó a ellos valientemente, y pudo sobrevivir, por fortuna para ella. Nadie que viera al monstruo vivía para contarle.

Por eso era considerada la mejor en su campo, porque los entendía, trataba de pensar como ellos, de seguir sus deseos, y, sobre todo, entrar en su psiquis, para averiguar qué era lo que los impulsaba a matar.

El resultado: ninguno se le había escapado. Hasta ahora.

“Este asesino es casi igual a todos ellos. Solo tengo que descubrir por qué lo hace, y caerá en nuestras manos”.

“Pero, primero que nada, buscar un lugar para dormir esta noche. Mañana nos espera un día atareado, y me encuentro agotada”, suspiró con desgano.

—¿Sutton, nos consiguió la oficina un lugar para pernoctar esta noche?

—Según tengo entendido, el capitán Powers puso a nuestra disposición tres opciones, para escoger la que quisiéramos.

—¿Cuáles?

—La primera, un hotel de primera en el centro de la ciudad. La segunda, un motel en las afueras. También una tercera: su casa —contestó Sutton, riendo.

—Creo que prefiero el motel. Es más tranquilo, fuera del ruido del downtown. Aparte de eso, quizás tengamos que trasladarnos a otro lugar —confió Stacey, con un gesto de preocupación.

—¿Por qué?

—Presiento que nuestro hombre no es novato en estas cosas. No es la primera vez que mata. Me preguntó cuántas personas más habrán muerto asesinadas, y aún nosotros no lo sabemos —respondió, pensativamente.

—Creo que tienes razón. Es frío y metódico. No es la primera vez —aceptó Sutton.

—Esperemos el resultado de la información que pedimos a VICAP, y verás que estoy en lo cierto.

—Apuesto que no te equivocas. ¿Pero y si no fuera así?

—Será así —sentenció sin dudar la bella muchacha.

A la mañana siguiente, luego de levantarse y tomar una ducha rápida, Stacey se dispuso a tomar su desayuno en la cafetería cercana al motel, mientras esperaba a Sutton.

“FBI se hace cargo de la investigación”, reseñaba el titular principal. Dentro, en la segunda página, decía:

“En una conferencia de prensa celebrada ayer, en el Cuartel de Policía de la ciudad, la agente especial del FBI, Stacey Loggins, recordada por su intervención en la captura de Maurice Staples, el tristemente célebre “asesino de la sogá”, prometió que próximamente habrá de arrestar al no menos famoso “Rompecorazones”, el múltiple homicida de New Haven”.

“En un aparte con la prensa, la agente aseguró que no importara lo que pasara, lo agarraría, ya que hasta ahora nadie ha logrado escapar de ella, tanto por sus dotes policiales, como por sus indiscutibles encantos femeninos”.

“Como la mayoría del público lector recordará, Staples fue capturado por un pequeño desliz que cometió en una de las muchas conversaciones que sostuvo con la agente Loggins, de la cual se dice que el loco homicida estaba obsesionado”, decía parte de la reseña periodística.

“Espero que el desgraciado lo lea”, pensó Loggins.

“Veremos qué opina de mis palabras”.

“Sé que va a reaccionar de alguna manera”.

“Me decepcionaría si no me llamara”.

“Así sabré con quién me enfrente, y podré entonces buscar la forma de entrar en su mente”.

—¡Buenos días, jefa! —saludó Sutton jovialmente al sentarse enfrente de ella.

—Buenos días, Sutton —respondió Stacey, distraída.

—¿Ya leíste el periódico? —inquirió burlón su compañero.

—¿Qué crees? —respondió de la misma manera.

—Pienso que, si algún día te cansas de patearles los traseros a los pobres asesinos, bien podrías hacer una carrera como modelo o actriz de cine. Eres muy fotogénica —aseguró Sutton a carcajadas. Los dos se levantaron entonces, dirigiéndose a la Ford Expedition.

—Quizás podría hacer el papel de Sigourney Weaver en la segunda parte de “Copycat”, ¿no crees? —respondió sarcásticamente mientras se sentaba en el vehículo, poniéndose en marcha.

—Eres más bonita, jefa —afirmó su compañero con seriedad.

—Si tú lo dices, tendré que creerlo —dijo Stacey con recelo.

—Palabra de explorador —contestó el agente, sin poder reprimir una sonrisa.

Cuando arribaron al cuartel, ya Snyder y Martínez se encontraban trabajando a todo vapor.

—Buenos días —saludaron ambos.

—¿Cómo se encuentran? —preguntaron los dos detectives.

—Aparte de la cama tan dura que me tocó anoche, no tengo queja. ¿Qué hay de nuevo? —preguntó Stacey, mirando fijamente a Martínez.

—Estamos trabajando con los datos de la última víctima, Denisse González, y esto es lo que sabemos: treinta y dos años, soltera, cinco con cuatro de estatura, ciento dieciocho libras de peso, cabello color negro, ojos castaños, blanca, y sumamente atractiva. Vivía sola en un apartamento de las afueras de la ciudad, y trabajaba desde hacía seis años en “Zanders Jewelers”, joyería ubicada en Wall Street, muy cerca del Yale Information Center. Conducía un Toyota Corolla del 97, color verde, cuatro puertas. Segunda de tres hijos, del matrimonio compuesto por William y Pamela González, casados por cuarenta años, y residentes de Boston, Massachusetts —continuó hablando Martínez—. Según sus jefes, una excelente empleada, muy profesional en el trato a los clientes. No tuvieron nunca una sola queja de ella. Era muy querida por todos sus demás compañeros. Era muy buena profesionalmente, y también en sus relaciones interpersonales. Según una información que nos suministró una de sus compañeras, tuvo una relación sentimental con un empleado del “Pietros Restaurant”, llamado Michael Ryan, la cual duró pocos meses. Interrogamos al señor Ryan hace dos días, y dijo desconocer que Denisse tuviera algún enemigo que quisiera hacerle daño. Según sus palabras, terminó la relación existente entre ellos porque él está enamorado de otra persona, y nunca se llegó a hablar de una relación formal. Solo mantenían un acuerdo puramente sexual, sin compromiso de ninguna índole.

—Antes de que prosiga, Martínez, deseo preguntarle lo siguiente: ¿a qué hora murió, según el informe de la autopsia, la señorita González? —esta vez fue Sutton el que preguntó.

—Según el informe que nos suministró Nelson, el patólogo forense del condado, el deceso ocurrió entre las 8:45 y 9:05 p.m., del día 15 de abril de este año.

—Causa del fallecimiento: múltiples heridas de arma blanca, que interesaron el estómago y parte del plexo solar —informó el detective.

—¿Y la extracción del corazón? —preguntó Loggins.

—Fue realizada postmortem, luego de muerta se entiende.

—Una operación limpia, muy precisa, si me permiten la expresión —comentó Snyder.

—¿Dónde se encontraba Ryan a esa hora? —preguntó Loggins.

—Laborando en el restaurant, del que es encargado. Según el dueño, James Bell, Ryan salió de su jornada diaria a las 11:15 p.m., aproximadamente —respondió Martínez.

—Parece que no tuvo oportunidad de estar presente en la escena del crimen cuando ocurrió —opinó Snyder.

—A veces las apariencias engañan —respondió Sutton, incisivo.

—¿Cómo pudo el forense establecer una hora tan precisa? Según tengo entendido, ninguno de ellos se aventura en ese

sentido de indicar exactamente el momento de la muerte — se extrañó Loggins.

—Porque según Vivian Zanders, dueña de la joyería, Denisse terminó de trabajar a las 7:45 p.m., y salió inmediatamente del local hacia su apartamento. Fue un día bastante ajetreado en el negocio, y la muchacha se encontraba agotada. Desde su trabajo al sitio de residencia — continuó Martínez—, son diez minutos, más o menos, teniendo en cuenta el flujo de automóviles a esa hora. A las 7:58 p.m., Raymond Archer, su vecino inmediato, oficial del ejército retirado de setenta años, la saludó cuando ella entraba al edificio.

—Un minuto más tarde —siguió Martínez—, la señora Smith, una solterona amante del chisme, de cincuenta y seis años, la vio entrar en su apartamento. Eran en ese momento prácticamente las 8:00 p.m. Esta misma persona, Smith, fue la primera que se percató de que algo posiblemente no andaba bien.

—Alrededor de las 9:05 p.m. fue a devolverle a Denisse un libro que había tomado prestado una semana atrás, y se sorprendió de encontrar la puerta ligeramente abierta.

—Según sus palabras, la señorita González era muy cuidadosa. Tocó varias veces a la puerta, y no hubo respuesta. Siguiendo un presentimiento, y sospechando que había ocurrido algo malo, bajó al sótano para llamar a Hart, el encargado del edificio, y ambos subieron las escaleras para entrar al apartamento. Hart fue quién encontró el cuerpo sin vida de Denisse, acostada en su propia cama, con múltiples heridas y sin corazón —prosiguió declarando Martínez, que

había leído todo el informe de la policía—. El cuerpo aún estaba caliente, y no presentaba signos evidentes de *rigor mortis*, por lo que Nelson pudo establecer, luego de informársele de una llamada telefónica a la occisa a las 8:40 p.m., que el deceso tuvo que haber ocurrido forzosamente entre las 8:45 y 9:05 de esa noche —finalizó su informe Martínez.

—Su asesino la estaba esperando —afirmó convencida Loggins.

—También lo creemos así, pero nadie vio ni oyó nada sospechoso —dijo Snyder—. A esa hora en particular no había muchas personas dentro de la estructura.

—¿Cuántos apartamentos tiene el edificio? —preguntó Sutton.

—Son cuatro pisos de tres apartamentos cada uno, lo que hace un total de doce, sin incluir el de Hart, el encargado, que está ubicado en el sótano —respondió Martínez.

—Trece, numero de la mala suerte —comentó Sutton, supersticioso.

—Para Denisse la hubo, de eso no cabe la menor duda —opinó Loggins, sombría.

—La señorita González vivía en el segundo piso —siguió hablando Martínez—, y como les dije anteriormente, el señor Archer era su vecino inmediato. El otro apartamento es ocupado actualmente por otra persona retirada, Miriam Calder, de setenta y tres años, que se encuentra visitando una hija que reside en Nueva York.

—¿Archer no vio nada cuando salía de su apartamento? — preguntó Loggins.

—No —respondió Martínez—. Salía del edificio cuando entró ella, porque iba para su reunión mensual de los Caballeros de Colon. Iba retrasado para la misma, ya que comenzaba a las 8:00 p.m.

—Regresó después de las diez, y se encontró con todo el revuelo ocasionado por el asesinato —aclaró Powers, que había permanecido callado hasta ese momento.

—¿Cuántas entradas tiene el edificio? —preguntó Sutton a Martínez, quien los informaba de todo.

—Dos. La entrada principal, por donde entran todos los inquilinos, y la del sótano, usada para las mudanzas de los residentes. Allí está ubicado un elevador para estos menesteres.

—¿Probablemente por dónde pudo haber entrado el perpetrador sin ser visto? —inquirió con rapidez Loggins.

—Podemos descartar la entrada principal, por ahora. Había una pareja de novios en las escalinatas que conducen a la entrada del edificio, y estuvieron ahí desde las seis de la tarde hasta el momento del descubrimiento del cadáver, cuando todo el mundo corrió para averiguar que sucedía —respondió Martínez—. No vieron subir ninguna persona extraña al edificio.

—¿Puede ser confiable el testimonio de una pareja que posiblemente estuviese besándose en ese momento? — preguntó la agente, escéptica.

—Puede ser. Los acompañaba la tía de la muchacha, llamada Cheryl, que también vive en el edificio, la señora Elizabeth Kerns, maestra de escuela de cuarenta y ocho años —aclaró Snyder.

—Si no entró por la entrada principal, como aparenta ser, qué nos dice de las otras dos posibilidades: el sótano y la escalera de incendios, porque supongo que habrá una, ¿no? —preguntó otra vez Loggins.

—La escalera de incendios está prácticamente descartada también —respondió Martínez.

—Razón: comienza directamente de frente al centro comunal del sector, donde en ese preciso instante, 7:00 p.m., los residentes del lugar se estaban reuniendo para discutir algunos pormenores relacionados con una celebración que hacen todos los años. La que, por cierto, me informan que cancelaron. La mesa donde estaban sentados algunos de ellos, se encontraba desplegada a unos pocos pies al inicio de la escalera, bajo un poste de luz, lo suficientemente potente para iluminar el lugar. Los vecinos dijeron que nadie subió por ahí esa noche.

—Pensamos —continuó Powers—, que tuvo que entrar obligatoriamente por el sótano. Queda en el lado oeste del edificio, y se puede acceder a él por un callejón estrecho que divide este y el edificio del lado, que están remodelando. Lo que nos induce a pensar que el perpetrador entró por ahí, lo que parece ser lo más posible hasta ahora.

—Si nuestro hombre, o mujer, aún no sabemos con exactitud, pasó por ahí, ¿cómo entró al apartamento sin forzar la cerradura? —preguntó Sutton intrigado—. Sabía

además la hora de llegada de la difunta, y escapó sin ser detectado.

—¿Cómo pudo escapar en los pocos segundos, quizás un minuto, desde que ocurrió el crimen, hasta que fue descubierto el cuerpo? —se preguntó Loggins esta vez—. ¿Cómo lo hizo sin llamar la atención? Es un asesinato horrendo, en el que obligatoriamente su victimario tendría que estar cubierto de sangre. ¿Acaso nadie lo vio? Quisiera saber el tipo de técnica utilizado para extraer el corazón —siguió preguntándose Loggins—. ¿Son las utilizadas por un doctor, un carnicero, un empleado fúnebre, cualquier persona que trabaje en estas cuestiones?

—Incluso hasta un taxidermista —opinó Snyder.

—También. Puede ser cualquiera —aceptó Loggins.

—Tenemos que escarbar en su vida, saber que le gustaba o no, si tenía problemas financieros, que acostumbraba hacer luego del trabajo, sus rutinas diarias. Si trotaba por las calles de noche, si recibía su correspondencia en el edificio o tenía algún apartado postal, cuáles eran sus pasatiempos. Alguna amistad en especial, a la que le hubiese confiado alguna preocupación, como por ejemplo alguien que advirtiera que la seguía. Muchas interrogantes que necesitan ser contestadas. Necesitamos saber dónde el hijo de perra la vio por primera vez, y lo más importante que debemos averiguar en estos instantes...

—¿Qué? —quiso saber Martínez.

—Tenemos que saber por qué el asesino la escogió específicamente a ella —expresó decidida Loggins.

—¿No piensa que posiblemente el asesino mata al azar, sin ningún tipo de plan ideado de antemano? —le refutó Powers a la agente federal.

—No es lógico creer una cosa así, más cuando ha demostrado conocimiento del terreno que pisa a cada momento. Es calculador en extremo; algo que está reñido con un asesino en serie desorganizado, que acaba con sus víctimas en poco tiempo, y deja el cuerpo visible para que lo encuentren rápidamente. No. Es mi opinión sincera que él las escoge con bastante antelación, siguiendo un patrón establecido en su mente enferma. Pueden diferir si lo desean, pero no creo estar equivocada en mi apreciación.

—Está bien para mí entonces. Yo también estoy de acuerdo con Loggins en esto —afirmó Snyder.

—Entonces, tratemos de cercar al animal dentro de la jaula —finalizó el capitán Powers.

—Saben que una bestia herida es más peligrosa —les recordó la agente.

—Es cuestión de no dejar que escape de la trampa —concluyó seriamente Snyder.

—Estoy contigo —Solo dijo Loggins.

—Todos lo estamos —aseguró Sutton.

—¿A qué hora recibiste la llamada? —preguntó Loggins.

—La recibimos hace unos minutos. Hart, el encargado del edificio donde ocurrió el asesinato de Denisse González, recordó ahora que cuando esa noche fue unos minutos a su habitación para buscar unas herramientas que necesitaba para reparar un tubo en el baño del señor Cotton, inquilino del apartamento once en el cuarto piso, encontró abierta la puerta del sótano, y la cerró con llave desde adentro — respondió Martínez.

—El hombre pensó que posiblemente había sido un descuido suyo. Luego, después del crimen, cuando bajó con unos policías para indicarles el sótano, la puerta se encontraba nuevamente abierta. Dice él que, por la emoción del suceso acaecido, no le prestó la debida importancia. Y hay otra cosa, pero no me quiso decir por teléfono.

—Bien. Entonces iremos a verlo para hablar con él — decidió Loggins.

El edificio donde residió la víctima estaba localizado en Whitney Avenue, cerca del Museo Peabody de Historia Natural. Era una sólida estructura construida en cemento por los años cincuenta.

Constaba de cuatro pisos, de tres apartamentos cada uno.

Pintado completamente de gris, ofrecía un drástico contraste con las casas que se encontraban a su alrededor.

Estas se hallaban bien pintadas y cuidadas, mientras el edificio gris pedía a gritos un cambio radical en su fachada.

Deteriorado, con varias ventanas fuera de sus marcos, y necesitado de pintura, presentaba un cuadro de total abandono.

Pero lo suficientemente interesante para una persona: el asesino, que entró a sembrar la muerte.

Loggins y Martínez se bajaron del auto policial, y se encaminaron hacia la entrada.

Cuando iban a traspasarla, un hombre le salió al paso.

Era bajo en estatura y delgado, con gruesos cristales enmarcados en una montura barata de metal. Tenía el cabello corto, completamente blanco en las sienes, y comenzando a escasear significativamente en la parte frontal de su cabeza.

Los miró risueñamente.

Loggins le calculó sesenta años, más o menos.

—Son ustedes los policías que están investigando los asesinatos —aseguró, en vez de preguntar, el hombrecillo.

—Él es Martínez, del departamento de policía de la ciudad, y yo soy Loggins, del FBI.

—Usted es más bonita en persona que en televisión, y aun así se ve muy bien —elogió el hombrecillo, observándola analíticamente a través de sus anteojos.

—Es usted muy amable. ¿Señor Hart, no es cierto? —preguntó Loggins.

—El mismo. Como le dije anteriormente por teléfono al señor Martínez, deseaba hablar con ustedes de algo que recién recordé del día del asesinato —explicó Hart.

—Usted dirá, si tiene la amabilidad —invitó Martínez.

—Como les expliqué con anterioridad a sus compañeros, ese día, el del asesinato de la pobre muchacha, cerré la puerta que comunica al sótano, porque para mi entender, fue un descuido de mi parte. Cuando uno se va poniendo viejo y senil, empiezan a olvidarse las cosas.

—Usted no es tan viejo, señor Hart —le indicó Loggins.

—¡Por supuesto que lo soy, jovencita! Tengo setenta y cuatro años bien cumplidos. ¡Si tuviese cuarenta menos, la estuviese enamorando a usted! —exclamó con desparpajo.

—Y posiblemente me hubiese atrapado —respondió Loggins, riendo también de la desfachatez de su interlocutor.

—Bueno, no nos pongamos románticos, y sigamos con lo que le estaba diciendo. Después del asesinato, volví con unos policías, uno de ellos de apellido Higgins, para indicarles donde estaba el sótano, ya sabe, para que revisaran, y encontré la puerta abierta de nuevo. Lo raro de todo esto es que cuando la señora Smith, la chismosa insoportable del tercer piso vino para notificarme de que pensaba que algo extraño estaba ocurriendo, podría jurar que la puerta del sótano estaba completamente cerrada, pues la verifiqué antes de subir con la dichosa mujer, y ella puede ser testigo de que lo que digo es cierto.

—Y hay más —añadió, poniendo a los dos policías en ascuas—. La llave original que abre la famosa puerta desapareció de la mesa de mi cuarto esa misma noche, teniendo yo que usar una copia que guardaba hace años, para poder abrirla y tirar unas bolsas de basura del edificio, ayer por la tarde.

—¿Eso es todo? —preguntó la agente, ligeramente decepcionada.

—Jovencita, es usted muy bonita, pero muy impaciente. Si me dejara terminar, sabría lo que le interesa. ¿Puedo proseguir? —le preguntó irónicamente el viejo.

—Disculpe. Siga, por favor —se ruborizó la experimentada agente.

—Lo que deseo decir, antes de que me interrumpa nuevamente, es que encontré la maldita llave en el callejón, cerca de la alcantarilla del edificio de al lado.

—¿La llave? ¿Cómo es posible que haya aparecido algo ahí? Tengo entendido que los técnicos del laboratorio tuvieron que registrar todo el sitio, y no apareció absolutamente nada —dijo Loggins, sorprendida.

—Posiblemente la pasaron por alto, o no estaba ahí en ese momento —opinó Martínez—. Más tarde esa noche llovió copiosamente, y si la llave estaba originalmente en otro lugar, el agua la pudo haber movido del sitio donde se encontraba, llegando hasta la alcantarilla, donde pudo haberse ido fácilmente hasta el fondo —explicó Martínez, no muy convencido.

—¿Tocó la llave, señor Hart? —preguntó Loggins con seriedad.

—Me acordé de que hay que recoger las posibles pruebas con un lápiz, pinzas, tomarla con un pañuelo por la orilla, y la guardé en una bolsita para emparedados. ¿Hice mal? —preguntó un poco asustado.

—Al contrario, lo hizo admirablemente, señor Hart —lo felicitó.

—Espero que esto les sirva de algo, y puedan atrapar al hijo de puta que mató a esa pobre muchacha —dijo el anciano, entregándole la bolsita que contenía la llave.

—También nosotros lo esperamos —murmuró Martínez.

Leslie Anne Slater se levantó apresuradamente de la cama esa mañana.

Eran las 6:30 a.m., y se dispuso a tomar su baño acostumbrado, antes de salir hacia el trabajo.

Era el amanecer de un día frío del mes de abril. Ligeras gotas de lluvia caían sobre la ventana del cuarto, pensando la mujer por un momento en lo agradable que sería quedarse acostada, acurrucada entre las sábanas.

Pero descartó la idea inmediatamente.

Mientras se vestía, paseó la mirada a su alrededor, deleitándose en todas las cosas lindas que adornaban su cuarto, en el cual dormía desde que sus abuelos se mudaron.

Todavía se maravillaba de lo niña que la hacía sentir.

Parecía que fue ayer cuando fue a vivir ahí, a la tierna edad de ocho años.

Sus padres se habían divorciado por esos tiempos. Su madre, en búsqueda de un mejor porvenir, se vio obligada a aceptar un trabajo fuera de Bridgeport, Connecticut, y dejarla por un tiempo al cuidado de sus padres, los abuelos de ella, en lo que se estabilizaba en su nuevo trabajo fuera de ahí.

La autora de sus días era auditora de una firma de contabilidad. Le habían ofrecido la gerencia de una nueva sucursal de la compañía en Los Ángeles, California.

Leslie Anne se encariñó tanto con sus abuelos, que cuando su madre quiso recogerla para llevarla a vivir con ella se opuso con todas sus fuerzas, formando un berrinche tal que tuvieron que dejarla ahí, para beneplácito de sus abuelos que la querían con locura.

Volviendo sus pensamientos al presente, sentía que su niñez había sido muy hermosa y divertida, en esa casa llena de tantas memorias.

Aún se encontraba en un rincón su viejo caballito de madera, que le habían regalado para celebrar su décimo cumpleaños.

También los payasitos de porcelana que siempre veneró coleccionar, junto a las docenas de ositos de peluche de todos los tamaños, que adornaban la habitación.

En la otra esquina de su pequeño mundo, se hallaba algo más compatible con la era moderna: una computadora portátil Hewlett Packard, con un monitor de 17”, equipada con MODEM de 56.6, 3xCD ROM, fax, videoram, par de bocinas con subwoofers, escáner, y un moderno printer, marca Hewlett Packard también, Deskjet 932c, de color.

Al fondo del cuarto, una bien surtida biblioteca, donde se encontraban infinidad de títulos, especialmente de suspenso o misterio, aunque también tenía para niños.

Su mundo privado, donde no le era permitida la entrada a nadie.

Le encantaba llegar por las tardes de su trabajo, navegar por la Internet, y si no, disfrutar de la lectura de un buen libro.

Estaba perdida por las películas de suspenso o terror.

Cada vez que tenía oportunidad, alquilaba películas de ese género.

Era cliente asidua de un video club en Orange Street.

Pero también tenía otras razones para ir allí.

“Bueno, basta de soñar despierta. Hay que trabajar”, suspiró con resignación.

Llevaba diez años como maestra en una escuela elemental, cerca del centro de la ciudad. Enseñaba el quinto grado, y todavía le sorprendía la inocencia de los niños, las preguntas indiscretas que a veces le formulaban, que la hacían sonrojar, y las miradas de cariño cuando la observaban.

Adoraba su trabajo, y los estudiantes lo percibían así.

Era tanto su maestra como su consejera, por lo que recurrían a ella para cualquier cosa.

Aunque a veces decían unas mentiras increíbles.

Sus abuelos se habían retirado a vivir a la Florida, quejándose siempre de que ese clima en New Haven era perjudicial para su salud.

Ambos rondaban los setenta años.

Le pidieron de mil maneras que los acompañara para vivir con ellos, pero Leslie estaba demasiado encariñada con los niños. Sería muy doloroso dejarlos.

“Quizás algún día me largue a vivir con ellos. Son lo único que tengo, porque mamá desde que se casó de nuevo, prácticamente no la veo, salvo en ocasiones especiales”, recordó con tristeza al pensar en ella.

Era muy bonita, joven aún, treinta y tres años, esbelta, con un rostro dulce y encantador, en el que su pelo color negro, ligeramente rizado, le caía en una hermosa melena sobre los hombros.

Tez tostada por el sol, poseía unos ensoñadores ojos castaños, que eran su mayor atributo. Trasmitían al mirar toda la ternura que se encerraba en su corazón.

La ternura que lograba que todos la quisieran, especialmente los niños.

Llegó a la cocina de la residencia. Preparó algo para comer rápidamente.

Mientras se disponía a engullir el desayuno que se había servido, encendió la radio en una estación local.

La primera noticia fue impactante.

—“Y siguiendo con la noticia más importante del día, aún las autoridades siguen sin pistas que conduzcan al arresto del asesino múltiple que asola la ciudad de New Haven.”

“No lo atraparán. Es muy listo”, pensó.

—“La última víctima del sanguinario asesino, conocido como el “Rompecorazones”, Denisse González, empleada de una prestigiosa joyería de la ciudad, fue encontrada esta semana en su apartamento de Whitney Avenue, completamente destrozada”.

—“La señorita González presentaba las mismas heridas de arma blanca compartibles con las causadas a víctimas anteriores, que ya suman ocho en un lapso de trece meses”, continuó el parte noticioso.

“Todas las mujeres asesinadas fueron encontradas sin corazón”.

—Dios mío, qué horrible. ¿Cómo pueden existir bestias así? —se lamentó la muchacha—. No quiero oír más.

Y apagó la radio.

“Ocho mujeres muertas a manos de ese sádico, y aún no tienen pistas”.

“Es increíble”.

—No creo que sea un demente. Una persona así dejaría algo, cualquier cosa que lo pudiese incriminar. En cambio, este, cada vez que ataca, lo hace mejor, con más refinamiento, como jactándose de ser el mejor.

—Su obra va *in crescendo*, aumentando, y en estos momentos, ningún asesino en serie se le equipara. Es brillante. Un asesino, pero brillante. Hay que reconocerlo así. Podría ser cualquiera de las personas que uno ve en la calle. Hasta alguien que yo conociera. A veces es un vecino, un compañero de trabajo, un novio, cualquiera. Alguien que te saluda todos los días.

Era una fanática de los libros de misterios, pero este criminal era por mucho el mejor, que el más sangriento personaje del más leído escritor de suspenso.

“Qué extraño”.

Lo que le parecía peculiar eran las sorprendentes similitudes entre las víctimas.

—Todas son parecidas físicamente, profesionales, edades aproximadas, y, sobre todo, solteras. Las características mías.

Leslie quedó horrorizada.

Nunca había prestado atención a esas coincidencias, quizás porque su trabajo la absorbía demasiado. O porque no quería fijarse en ellas.

—Siempre las personas ven las desgracias ajenas como algo que piensan que no les va a suceder a ellas, como si fuéramos inmunes a la maldad de esas mentes diabólicas — reflexionó Leslie en voz alta—. Hasta que te sucede a ti.

—¿Cómo estás, perrito lindo? —le dijo a un pequeño animalito de cuatro patas, cubierto de pelo blanco hasta el piso, que apareció en la cocina ladrando alegremente.

Le dio un besito en la cabeza, y le puso un poco de leche en su plato.

Lista para otro día de trabajo, uno más en su aburrida vida.

Jamás hubiese pasado por su mente que pronto, muy pronto,

Fin del extracto

Si le agradó este pequeño extracto de mi novela Susurros Mortales, el comienzo, la puede seguir leyendo completa una vez la obtenga en libro electrónico o impreso en los siguientes enlaces:

Amazon libro electrónico: <http://a.co/asGezP1>

Amazon libro: <http://a.co/gzAzabk>

Suscríbese a mi página de autor en <http://huellasliterarias.website>